

azotara y se le atormentase tanto. ¿Acaso te hallas sujeto á nuestra voluntad, para que podamos nosotros obrar sobre ella alguna presion? Por tí mismo le has hecho azotar, y advierte que él crimen por el cual ha merecido los azotes, merece tambien la muerte.

—Si otro castigo mereciera, tambien se le hubiese aplicado, y sus faltas se hallan ya suficientemente castigadas: —murmuró el esposo de Claudia, viendo que su misma crueldad é injusticia, léjos de favorecer al Señor como esperaba, era como le habia Cornelio advertido, un poderoso motivo para que los judíos tuvieran un punto sólido para cogerse en el terreno de las acusaciones.

Y sin esperar respuesta de los de la plaza, y lleno de admiracion, y á la par confundido, bien á su pesar convenciéndose de que habia complicado mas y mas el resultado de la causa, con la flagelacion sangrienta.

Pilatos se hallaba poco menos que desesperado. Aquel caso, despues de todo, era para él un caso en que luchaba su honra con las malvadas exigencias de un pueblo sacrilego, dominado por el vértigo de la sangre, y del infinito crimen que meditaba y exigia.

Y así en esta disposicion entraron de nuevo en el pretorio, Pilatos, Jesucristo y el jefe de los lictores.

CAPITULO VII.

La súplica de Claudia.

Cuando se hallaron de nuevo en el salon del tribunal, Pilatos estaba dominado por una excitacion indefinible. La ira contra el pueblo hebreo, y los remordimientos

que le agitaban, eran cosas que le tenían completamente fuera de sí; eran cosas que le producian poco menos que una fiebre violenta, que un malestar general; eran cosas que quitándole la facultad de pensar con acierto, hacian que su mente divagara de un objeto á otro, sin que se resolviera á tomar una decision solemne y terminante.

Y así dominado por esta perplejidad deseaba preguntar á Jesús, pero no sabia que preguntarle, pues le interrogara sobre todos los extremos de la acusacion y en todos ellos había declarado inocente. Preguntar de nuevo, pues, no era divagar ociosamente, cosa tan opuesta á la rápida accion de los tribunales de Roma? ¿No era demostrar á Cristo la debilidad criminal que conturba á su juez?

De todos modos se resolvió á interrogar de nuevo al divino Redentor, y no sabiendo por donde empezar sus preguntas, y esperando tal vez que la contestacion del Cristo le daria luz para continuarlas, con entonacion agitada le dijo:

—¿De dónde eres tú?

Y como hemos visto al Señor tan parco en palabras; y como le hemos podido observar tan enemigo de contestaciones ociosas, recordando que Pilatos conocia el lugar de su patria, tuvo á bien no contestar á la ociosa pregunta del pretor.

Admirado Pilatos por el silencio de Jesucristo, quedóle mirando con visible pasmo, y léjos de irritarse por el proceder del Hijo del Eterno, llenóse de confusion viendo la sublime enseñanza que le daba aquel Ser tan inocente, y que tantos martirios debia á la criminal condescendencia del gobernador de Roma en Judea.

Esto, sin embargo, Pilatos no cejó en su empeño de preguntar á Jesús, repitiendo las mismas palabras que poco

antes le dirigiera, pero como el Señor insistiera en guardar el mas profundo silencio, le dijo el esposo de Prócula, con entonacion semisuplicante, semirecriminativa:

—¿No me contestas?

Jesucristo seguia callando, y Pilatos prosiguió despues de una pausa:

—¿No sabes que tengo poder, tanto para darte la libertad, como para crucificarte? ¿No sabes cuanto interés he demostrado por tí? ¿Por qué no me respondes, pues, cuando te pregunto?

El divino Redentor respondióle con voz débil, pero segura, humilde pero llena de majestad:

—¿Qué poder tendrías sobre mí, si no te lo hubieran dado los que están mas altos que tú? Por eso mismo no es tu pecado el mayor, si no que lo es el de aquellos que me han puesto en tu poder.

—¡Pecado! ¿Soy acaso yo culpable?—exclamó Pilatos, hallando en las palabras de Jesucristo sintetizadas las acriminaciones de sus remordimientos.

—Tu conciencia te lo dirá.

El Pretor bajó la cabeza, y en aquel momento oyó las descompasadas voces de su conciencia, que le llamaba *asesino!* arrojándole temerosa en cara tan tremenda acusacion. En su consecuencia, y no teniendo valor para seguir por mas tiempo delante de Jesucristo, apartóse de allí, volviendo las espaldas al divino Nazareno, como para ocultarle su profunda turbacion.

Y estuvo pensativo por largos instantes; y se entabló una lucha entre su conveniencia y su conciencia; entre el espíritu del egoismo y el espíritu de la justicia.

Por efectos de esta lucha, el pretor decidió poner á Cristo en libertad, y levantándose con resolucion del asiento so-

bre el cual se dejara caer, abatido por los efectos de la indicada lucha, dirigióse al balcon pretorial, y desde él gritó con enérgica entonacion:

—Jesús de Nazareth es inocente; yo, juez de Roma en Israel, lo declaro por tal; y en consecuencia voy á darle la libertad. Mi resolucion es suprema, es inquebrantable, y no retrocederé un paso, si este paso ha de hacerme obrar la injusticia. Sabedlo, pues, enemigos implacables de Jesús de Nazareth; su causa está fallada, el acusado resulta inocente, y yo pretor de la Judea le devuelvo la libertad, tomándolo bajo mi proteccion... ¡Ay! del que se atreva á dirigirle un insulto; ¡ay! del que se atreva á maltratarle de palabra ó por obra, porque la sangre de ese tal, y la sangre de todos sus parientes, responderán al pretor de la seguridad de Jesús.

Estas palabras produjeron en la plaza un efecto pasmoso. Los hebreos creian ver muerto en un patíbulo al Cristo Dios, y al oír las frases de Pilatos, espantados y rabiosos miráronse con asombro; estrecharon los puños con ira, y rugieron como el tigre cuando se dispone á caer sobre la presa, ó cuando se ve atacado por un leon formidable, que amenaza despedazarle con sus aceradas garras.

Pilatos creyó en aquel momento oír un aplauso, que partía de la misma casa del pretorio. Aquel aplauso lo diera la buena esposa, que celebraba la energía de su marido, y el triunfo de la dignidad del pretor, sobre las infernales exigencias de un pueblo calenturiento y ébrio por los vapores mefíticos de la ira y del odio mas implacables.

El esposo de Prócula sonrió de satisfaccion para sus adentros, y creyéndose invencible ya, porque en aquel instante se olvidara de Tiberio, miró al pueblo hebreo con una sonrisa fiera y humillante.

Onkelos temiendo perder en un momento el resultado de lo que tantas ansias, y fatigas, y esfuerzos le costara, apeló á la muletilla que tan buenos resultados habíale producido, y en compañía de Anás y de Caifás, con voz amenazadora guturó:

— Si tú sueltas al Nazareno, te pronuncias contra Tiberio; no eres amigo del César.

— ¿Por qué, pueblo vil y miserable?—gritó en el acceso de su ira el pretor.

— ¿Por qué el Nazareno se ha hecho pasar por rey, y el que se da por rey en una provincia del imperio se pronuncia contra el César:—contestóle Onkelos con ira no menor.

— ¡Impostura!—gritó Pilatos mas excitado.

— ¡Bueno! Tú puedes hacer hoy lo que te plazca, pero á buen seguro que mañana sabrá Tiberio todos los detalles de tu incalificable proceder.

Esta amenaza hizo perder al pretor todos sus bríos, hízole variar de resolución, hízole olvidar sus anteriores propósitos, y aquel magnate de Roma hallóse dispuesto á sacrificar la inocencia y la justicia al malvado egoísmo, á la maldita empleomanía, que tanto agitaba ciertas clases de la ciudad poderosa del Lácio, que llamándose la capital del mundo, no era mas que la tirana de la tierra.

Pilatos aterrado retiróse del balcón. Tenia miedo, y rugia de ira. Hallábase poco menos que dispuesto á cometer el crimen!...

Claudia Prócula, que observaba desde una ventana del palacio del pretorio todas las escenas de tan terrible drama; Claudia Prócula, que poco antes aplaudiera la enérgica resolución de Pilatos, presumió en aquel momento lo que pasaba por el corazón de su marido, y resuelta á practicar el último esfuerzo en favor del Cristo, dirigióse á las

habitaciones particulares del pretor, y le mandó llamar.

Hallábase Claudia visiblemente afectada. La suerte que esperaba al Redentor del mundo, la debilidad manifiesta de su esposo, la deshonra que aquella debilidad debia acarrear sobre Pilatos, y por fin, la terrible injusticia que se iba á cometer, todo esto añadido á los temores sobre su porvenir, que le hacia presagiar el sueño que aquella noche tuviera, eran motivos poderosos para afectar visiblemente, no decimos á la sensible Claudia, sino hasta al pretoriano mas rudo, y de corazón mas empedernido.

Las lágrimas no habian enrojecido los hermosos ojos de la esposa del pretor, pero el rostro de Prócula, pálido y descompuesto, denotaba bien á las claras la terrible lucha que su corazón estaba sosteniendo, y los angustiosos temores que afligian su pecho.

Pilatos penetró en el aposento donde su esposa le aguardaba, agitado como un reo que va á oír la sentencia de su muerte.

— ¿Qué me quieres?—preguntóle lacónicamente, osando apenas mirarla, y con voz afectada y llena de preocupacion.

— Poncio, Poncio mio;—esclamó la noble matrona romana,—que hagas justicia, que no te deshonres cediendo á las repugnantes exigencias de los judíos; que no echés sobre tí el borron infamante de un asesinato, y que apartes de tu cabeza y de la mia los tristes dias de desgracia que nos esperan, si llegas á condenar injustamente al que muchas veces has declarado inocente.

— Pero ¿qué interés puede inspirarte ese hebreo, para que con tanto empeño exijas de mí lo que pretendes?

— ¡Interés! ¿Acaso no basta para legitimar mis súplicas, el que sea inocente? ¿No bastan para interesar el corazón de una mujer tierna, los tormentos de un hombre

que no los merece?... ¡Interés! ¡Oh! me inspira al hablarte el deseo de que se haga justicia, me inspira el deseo de que tú que eres mi esposo, salgas airoso de este asunto repugnante, me inspira la honra tuya, que rodaria por tierra, si cedieras á las exigencias del populacho hebreo, me inspira tambien la gloria y el decoro de Roma, que jamás ha torcido su justicia recta, para humillarse á las criminales exigencias de una nacion sojuzgada por las armas del imperio.

—Claudia; lo cierto es que muchos llaman rey de los judíos á Jesús de Nazareth, y siendo esto así, yo debo evitar que las cosas pasen mas adelante, mirando ante todo á los intereses de Roma. Lo que hoy no ha sido, mañana podría ser.

—Jesús de Nazareth ha rechazado siempre las aclamaciones del pueblo, porque Jesús de Nazareth tiene fija la mirada, no en la tierra, sino en el emperio. Tú lo sabes bien, Poncio; tú que me oyes y te sonrojas; tú que no osas poner tu mirada en mi rostro, porque temes hallar en él impresas las recriminaciones que te dirige tu conciencia intranquila.

— ¡Mi conciencia intranquila! — exclamó Pilatos esforzándose por sonreír.

—Sí. ¿Piensas que se me oculta nada de cuanto pasa por tí? ¿Piensas que los ojos de mi amor no penetran en el fondo de tu corazón? ¿Piensas que no leo en la descomposicion de tu rostro la intranquilidad de tu espíritu, y el afán que devora tu pecho?... Poncio, tú intentas engañarme, fingiéndome una calma que no esperimantas, pero es difícil engañar al corazón de una mujer amante.

— Pero, ¡Claudia! — balbuceó Pilatos confundido, sin acertar á proferir una palabra mas.

Su esposa prosiguió, como si no hubiese oido al pretor, y dijo:

— Me preguntas qué interés me anima, para patrocinar tan resueltamente la causa de la justicia, y yo debo decirte, que sobre todos los motivos que te he expuesto mas atrás, existe otro, ¿á qué no decirlo? existe otro mucho mas poderoso para mí que todos los anteriores, porque este motivo eres tú mismo.

La voz de Prócula al terminar estas palabras era grave y solemne. Diríase que la matrona romana hacia el último esfuerzo para vencer á Pilatos, y efectivamente era así, porque Claudia, acudiendo al supremo y poderoso recurso de las mujeres amantes, y que sobre el poder del amor tienen el de la belleza y el del talento, libraba la última y decisiva batalla en favor de Jesucristo.

— ¡Yo! — exclamó Pilatos visiblemente impresionado.

— Sí; tú eres el motivo mas poderoso, que me obliga á luchar tan denodadamente en favor de la inocencia de Jesús, y en contra de las malvadas exigencias de los hebreos.

— No te comprendo, y deseo que te expliques.

— No me comprendes, Poncio, ¿ó finjes no comprenderme?... ¿Recuerdas que cuando esta noche me he presentado en tu cámara para hablarte de Jesús, tú soñabas? Si el sueño no se te acuerda, ¿te has olvidado de los terribles efectos que producía en tí? Dime, amigo mio; ¿soñabas felicidades? No, soñabas desgracias, y desgracias que deben sernos inevitables, si no nos esforzamos en poner todos los medios para conjurarlas, porque como tú sabes, los sueños son los avisos del cielo... ¿Por qué coincidencia rara tú habrás soñado desgracias espantosas, y yo en la misma noche habré soñado lo mismo? ¿Es esto casualidad? Á buen seguro que no; el corazón me lo dice, y el corazón de la

mujer amante, Poncio mio, no se engaña nunca, porque el genio del amor le habla al corazon, para que prevenga los hechos adversos que le amenazan.

— Pero ¿estás loca, amiga mia? ¿Quién se fija en sueños, ni qué espíritu varonil se ha impresionado nunca por esas quimeras?

Pilatos fingia una serenidad que estaba bien lejos de tener, oyendo á su amada Claudia, porque á decir la verdad, los misteriosos terrores que conturbaban á esta, reinaban tambien en el corazon del primero.

— No, — prosiguió con acénto mas tierno y solemne la amante esposa; — no son quimeras vanas lo que á tí y á mí nos lleva tan hondamente preocupados, sino presagios ciertos del porvenir que nos espera, si tú cometes la debilidad incalificable de condenar al Justo, para satisfacer las odiosas y vengativas exigencias de un pueblo criminal y miserable. No, esposo mio, no son quimeras lo que tú has soñado y lo que he soñado yo; el destino nos amenaza á los dos, y tu sueño envuelto en las tupidas gasas del oscuro misterio, se esplica por mi sueño, que recuerdo estremecida y con horror. ¡Oh! ¡si supieras tú cuánto esta noche he padecido por ese Justo, que te exigen los judíos enclaves en una cruz! ¡Si supieras tú el horrible porvenir que por tu injusticia nos espera, no te estrañarías ya de que hubiese dicho que tú eres el objeto principal de mis preocupaciones incesantes, y del empeño que demuestro en que no tiñas tus manos con la sangre de Jesús, en que marques tu frente con el estigma de reprobacion, con que la marcarias con esa muerte cruel, injusta y deshonorosa!

Claudia suspiró. Pilatos conmovido preguntóla:
¿Quieres referirme el sueño á que aludes? Verdad es que

el tiempo de que puedo disponer es breve, pero á pesar de todo, te suplico que brevemente me lo refieras.

La amante esposa refirió sentidamente el sueño que la conturbó durante la noche, y que nuestros amables lectores han leído ya en el capítulo séptimo del libro sexto. El pretor, despues de haber oido la terrible relacion que le hiciera su esposa, temblaba, ó poco menos, porque temia el porvenir, y este porvenir era terrible, á ser cierto lo que Prócula acababa de contarle, con los ojos llenos de lágrimas, y de suspiros los labios.

— ¿Será verdad? — musitó, no tratando ya de ocultar su terror.

— Si no lo es, ¿qué pierdes haciendo justicia? Si lo es, considera cuánto ganas, no haciéndote reo de un crimen tan espantoso.

— Pero esos malvados judíos me han amenazado seriamente, Claudia, y tú, que conoces tan bien como yo á Tiberio, puedes calcular el porvenir que nos espera, si los hebreos en su despecho, ó uno de los muchos espías secretos que mantiene el emperador, me acusan de haber dejado sin el castigo de la cruz al que podia proclamarse rey de Israel... ¿No sabes, amada mia, que Tiberio es irascible, y que no perdona nunca ciertas faltas en los que desempeñan los altos cargos del Estado?... Y si caigo en desgracia del emperador, ¿qué porvenir nos espera, dí, qué porvenir nos espera?

— ¿Tan difícil cosa te seria justificarte? ¿No te han llevado el proceso que el Sanhedrin ha instruido contra Jesús? En ese proceso, dí, ¿se habla una palabra del crimen de Estado de que ahora se acusa á Jesús, para obligarte á que le condenes? Y si no se habla en él ni una palabra de ese pretendido crimen de Estado, es claro que te será su-

mamente fácil sincerar tu conducta, y hacer ver al emperador, que nada perdonan los hebreos para armar todos los dias un motin contra Roma; es claro que te será sumamente fácil sincerarte delante del emperador, probando que el pretendido crimen de Estado, no es una realidad, sino un pretesto de que los judíos revoltosos echaron mano, para obligar á un funcionario del imperio á convertirse en instrumento vil de sus viles venganzas.

El razonamiento de Prócula pareció convencer á Pilatos, quien se separó de su esposa, despues de haberla prometido hacer todo lo posible para salvar á Jesús. Y hemos dicho, *pareció convencer*, porque á la verdad, Pilatos abrigaba tantos temores al abandonar á Claudia, como concibiera la última vez en que desde el balcon pretorial oyera á Onkelos que le amenazaba de no ser *amigo del César*, si ponía á Jesús en libertad.

Amigo del César era un título honorífico de los legados imperiales, de los prefectos, de los gobernadores y de los soberanos aliados de Roma. *No ser amigo del César*, valía tanto en uno de los empleados referidos, como acusarle de crimen de alta traicion, ó por lo menos de indicarle para un breve plazo una destitucion. Una y otra de estas dos cosas quiso Onkelos significar, para poder convertir á Pilatos en un instrumento del odio que contra Jesús alimentaba en su pecho criminal.

Hemos juzgado necesaria esta esplicacion, para que el temor de Pilatos no apareciera infundado y pueril. Ahora continuaremos la narracion de los hechos, cada vez mas importantes, cada vez mas dramáticos, cada vez mas dignos de aterrar las almas mas frívolas, que en ellos mediten por algunos momentos siquiera.

CAPITULO VIII.

La Sentencia de muerte.

Despues de esto Pilatos aun luchó unos momentos consigo mismo. Su conciencia le decia que la razon estaba de parte de su esposa, pero al mismo tiempo el temor de perder la amistad y la confianza del César, le tenia sobresaltado, y por mas que viera la inocencia de Jesucristo, y por mas que observara cuán deshonoroso seria para él ceder á las exigencias y á las imposiciones de los judíos, esto sin embargo vacilaba, y á decir verdad, hallábase mas dispuesto á condenar á Jesús que á ponerle en libertad.

El desdichado, por las relaciones y por el influjo de su esposa habia conseguido abrazar por fin el sueño dorado de su vida, consiguiendo el alto empleo que desempeñaba, y perder aquel empleo tan lucrativo y honroso, perder aquel empleo que tan hermoso porvenir le prometia, por una sentencia mas ó menos, y por la libertad ó la muerte de un judío, era para él cosa muy dura por cierto, cosa que Pilatos estaba poco dispuesto á consentir.

— ¡Ah! ¿para qué habré luchado yo toda mi vida; para qué desalado habré corrido en pos del sueño querido de mi vida, si ahora que he logrado abrazarle le pierdo por un empeño frívolo, por una cosa que no vale la pena, por la vida de un judío despreciable? ¿Y vale acaso esa vida lo que arriesgo por ella? ¿Y qué me importa á mí la inocencia ó la criminalidad de Jesús? ¡El pueblo quiere su muerte, y

el pueblo de Roma es soberano; manda y no ruega! Puedo, pues, sin cometer una injusticia condenar al Nazareno, porque sus compatriotas me lo piden... Pero ¿para qué estoy yo aquí? ¿para ser ministro de torpes venganzas, ó para administrar la justicia? Si los unos me acusan ante Tiberio de no haber castigado á un reo de Estado, si condeno á Jesús, ¿no pueden acaso otros acusarme tambien de haberme prestado á las exigencias de los judíos, y de haber humillado la altivez de la justicia romana, rebajándola hasta el extremo de hacerla servir de instrumento á la venganza hebrea? ¡Oh! ¡cuán angustiada es mi situacion! ¡Oh! ¡cuán bien pensaba yo cuando procuré desentenderme del Nazareno, enviándole á Herodes! Entonces preveia las complicaciones que ahora han surgido, pero mi fatal destino, eligiéndome por blanco de sus tiros, ha querido acumular sobre mi cabeza esta complicacion que me hace temblar y estremecer. ¿Qué será de mí, si poniendo á Jesús en libertad, me acusan los judíos del crimen de alta traicion? ¿Qué será de mí, si condeno al Nazareno á la muerte, y los espías del emperador me acusan de convertir la justicia romana en instrumento de la venganza hebrea? De Caribdis á Scila; si te salvas de un escollo, pereces necesariamente en el otro, porque tú, miserable pretor, no tienes fuerzas para resistir á los embates rudos de la tempestad que ruge sobre tu cabeza. ¡Oh! ¡Maldito sea el momento en que me hice cargo del pretorio de la Judea; malditas sean las inspiraciones de mi corazon, cuando esas inspiraciones han tenido por objeto la clemencia en favor del pueblo hebreo!...

Y diciendo esto Pilatos se hallaba verdaderamente en un estado de exasperacion y frénésis difícil de pintar. Golpeábase la cabeza, mordíase los labios, cruzaba á grandes pa-

sos la habitacion, y daba otras muestras de inquietud, de desasosiego y de malestar.

Por fin, detúvose de improviso, agitó la cabeza con furia volviéndola de un lado á otro, como si quisiera sacudir una idea que le oprimia, y con acento bronco y desesperado dijo:

— ¡Basta! Ya que el destino ha querido colocarme en tan angustiada situacion, que el destino complete su obra; sea lo que está escrito que será. Lucharé hasta el último momento por Jesús de Nazareth, y si nada consigo en su favor, nunca podrá echarse en cara á Pilatos la responsabilidad de semejante crimen.

Y dicho esto, llamó á uno de sus servidores, y le mandó que una compañía de pretorianos se apostara en torno del tribunal que se elevaba en la plaza del pretorio, tribunal llamado *Gabbata* por los judíos, y *Lithostroton* por los griegos. El primer nombre en siriaco y el segundo en griego significaban *tribunal levantado al aire libre*, y desde allí se fulminaban por los romanos las sentencias absolutorias ó condenatorias en Jerusalem.

Pilatos se hallaba poseido de una actividad febril. Diríase que desde aquel momento estaba resuelto á todo, resignado á todo, y que precipitando los hechos, queria tambien precipitar las consecuencias. Á la verdad, aquel estado de escitacion y de indecision le atormentaban atrozmente, y se comprende este tormento en el ánimo de un soldado como era Pilatos, acostumbrado á vencer todas las resistencias, ó á perecer en el empeño.

No tardaron los pretorianos en rodear el tribunal de *Gabbata*, y los malvados enemigos de Jesús se dispusieron á librar con el pretor la última batalla, en aquel empeño verdaderamente digno del infierno.

Pilatos, custodiado por una guardia del pretorio, y precedido de los fieros lictores, no tardó en cruzar el espacio que mediaba entre el palacio y el tribunal. Su mirada despedía fuego, su ademán era altivo y resuelto. Parecía que iba resuelto á humillar al pueblo hebreo, y sin embargo mantenía en el fondo de su corazón un desasosiego indefinible; y sin embargo alimentaba en su pecho el germen de la debilidad mas incomprensible. ¡Oh! si á Onkelos le hubiese sido fácil leer en el corazón de Pilatos, ¡cuánto regocijo, cuánta alegría hubiérase apoderado del maldito fariseo! ¡qué peso tan enorme se les hubiera quitado del pecho á los implacables enemigos de Cristo!

Tomó asiento el pretor en el tribunal de Gabbata, y los lictores con sus haces de varas colocáronse á su derecha y á su izquierda. El silencio entre el pueblo de Jerusalem era imponente. Solo se percibía la respiración fatigada de los que llenaban el recinto de la plaza, cuando Pilatos dió la orden de que se acompañara allí al Redentor del mundo.

Pronto se vió obedecido el romano, y el divino Cristo, si bien con una fatiga extraordinaria subió las gradas del tribunal, donde Pilatos y el pueblo le esperaban.

En aquel momento la multitud agolpóse en torno del tribunal de Gabbata, y todos procuraron ahogar las palpitations de sus pechos, á fin de no perder ni una sílaba siquiera, de todo cuanto iba á decirse en aquellos momentos solemnes. Algunos imprudentes, mal aconsejados por las asquerosas pasiones que les dominaban, intentaron demostrar el regocijo que les causaba el ver al Cristo tan lastimado, pero Pilatos, que no estaba de humor para tolerarlo, dijo con amenazadora entonación:

— ¡Silencio! ¿Quién se atreve á pronunciar una palabra delante de la augusta majestad de Roma?

Los enemigos apasionados del Cristo comprendieron lo que significaba el mandato de Pilatos, y aunque con gran despecho, ahogaron en el fondo de sus corazones la explosión de la rabia que les dominaba.

Pilatos tendió una mirada fiera por el anchuroso espacio de la plaza, como para enterarse del efecto que su mandato despótico y humillante para los judíos había producido, y no bien observó que el silencio era general y absoluto, entonces con la misma entonación altanera y despótica, llena de ironía y de mal disimulada rabia, gritó:

— ¡Ved á vuestro rey!

Y diciendo esto, señalaba á Jesucristo, sin dignarse mirarle siquiera, para significar á los hebreos el desprecio que todas sus cosas le inspiraban.

El grito de Pilatos produjo una terrible impresión en todos los que se hallaban congregados en la plaza, para exigir al pretor la muerte del Hijo de Dios. El asunto había tomado un giro que nadie esperaba, y todos veían que si la sentencia de muerte contra Jesús era pronunciada, la habilidad del romano sabría dictarla de manera, que la ejecución de la sentencia fuera una terrible humillación para la Judea; fuese, por decirlo así, el último baluarte de la independencia hebrea, destruido por Roma con un violento sarcasmo.

Pero quien comprendió mejor que nadie los propósitos que animaban al pretor, fue el malvado Onkelos, pues después de haber oído el grito de Pilatos, dijo para sí:

— Si muere, morirá en calidad de rey de los judíos, y de esta sentencia se tendrá noticia en todo el mundo, para vergüenza de Israel: si no muere, nuestra humillación se hace manifiesta á todos los israelitas, y perece para siempre nuestra autoridad!... ¡Oh! ¿por qué no baja fuego del

cielo, y no consume el imperio de Roma, y todos los que hablan su lengua aborrecible y detestada?

Y en esta indecision, el maldito fariseo tomó el partido de no pronunciar ni una palabra mas en lo tocante á aquel asunto tan espíñoso y tan difícil.

Por su parte, Caifás, que no profundizaba tanto las cosas, admirado de que Onkelos no profiriera ni una palabra de contestacion al pretor, miróle con asombro, y como veia que el fariseo continuaba callando, pensó haber llegado la ocasion apetécida de singularizarse, de aparecer el alma de aquel drama sangriento, y al efecto gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y con toda la energía que le daba la ira abrasadora de su pecho.

—Es un seductor miserable. Yo, y por mi voz todo el colegio sacerdotal, protestamos de la calificación injuriosa para la Judea, que acabas de aplicar al sedicioso.

Viendo Pilatos cuanto habia ofendido á los hebreos la calificación irrisoria para el pueblo, que aplicara á Jesucristo, siquiera para vengarse de alguna manera de los judíos, pensó que seria bueno despreciar la protesta de Caifás, y continuar titulando rey de los judíos, al que efectivamente lo era, por derecho hereditario, y por su altísima procedencia divina. Esto, sin embargo, desconocíalo Pilatos, que no se hallaba muy instruido en las genealogías y en los vaticinios y religion hebreos.

Continuando, pues, en su sarcasmo, prosiguió diciendo:

—¿Qué debo hacer, pues, de vuestro rey?

Los sacerdotes pensaron que era inútil tratar de disuadir al pretor, y de consiguiente no rechazaron de nuevo la calificación, que por mofa aplicaba á Jesucristo herido y coronado de espinas; pero si por una parte desistieron de

protestar, aumentaron su insistencia por otra, para exigir que condenase el inocente Jesús á la muerte.

Á la pregunta, pues, de Pilatos, toda la multitud gurguró con un grito aterrador, grito que debia parecer de triunfo en las recónditas cavernas del infierno:

—¡Tómale, y crucifícale!

Y los sacerdotes esforzando mas y mas su voz, gritaban otra vez con voz de trueno:

—¡Crucifícale!... ¡Crucifícale!...

Y como que el crimen que pedia aquel pueblo vil y degradado, hubiese dado fuerzas á su audacia, despues de estos gritos turbulentos, las masas amotinadas de la plaza tomaron un aspecto agresivo é imponente, aspecto que tal vez hizo temblar á Pilatos, pero si no le hizo temblar, consiguió al menos llenarle de miedo, y dar en tierra con toda su energía.

Nuestros lectores estrañarán sin duda el cambio que se iba verificando en el Pretor, al que han visto tan agresivo y tan altanero desde un principio, pero al considerar que no era solo el pueblo hebreo el que obraba una presion poderosa en el ánimo del Pretor, sino que trabajaba en ello el infierno todo, no estrañarán ya el temor que llenaba su ánimo, máxime si se atienden las razones particulares que para ello le asistían, razones que basadas en su ambicion, hemos visto ya mas atrás.

Esto sin embargo, Pilatos no quiso desde luego demostrar su debilidad criminal á los hebreos, sino que reuniendo los últimos restos de su energía, gurguró:

—¿Crucificaré, pues, á vuestro rey? ¡Por cierto que no sé darme razon de la índole de vuestro patriotismo!

La ironía era sangrienta; el sarcasmo era tan poderoso, que Onkelos no tuvo paciencia para oír aquellas palabras

por mas tiempo, sin hacer un esfuerzo para evitarlas en adelante, porque efectivamente las frases intencionadas de Pilatos, eran altamente deshonrosas para Israel.

Así, pues, guturó el fariseo, con toda la ardiente energía, con toda la rabia que su desesperacion le daba:

—No tenemos otro rey que el César. Te lo recuerdo para que no lo olvides, porque tus palabras, despues de esta declaracion, podrian ofender altamente al escelso Tiberio.

—Declaracion bien hipócrita es, por cierto, la tuya, fariseo, pero te advierto que procures no echarla en olvido, porque ese olvido á tí y á los tuyos podria costaros muy caro. De todos modos, decid; ¿qué debo hacer de Jesús de Nazareth, vuestro rey, que habeis entregado en poder de los romanos?

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!...—gritaba cada vez mas frenética la multitud, agitándose en torno del tribunal de Gabbata, como se agitan las olas de la mar; como se agita la atmósfera, cuando la tempestad conmueve los elementos del agua y del aire.

Y la actitud tomada por el pueblo era tan imponente, que Pilatos fue perdiendo visiblemente la energía, mientras que los enemigos del Señor creian tener ya segura la tan infame como apetecida sentencia. ¿Por qué el Pretor, mientras que seguia insultando y provocando á los judíos, temia un motin, cuando tan cerca se hallaba la fortaleza Antonia, y cuando dentro de la fortaleza estaban los pretorianos y los legionarios, esperando una palabra del gobernador, para precipitarse ganosos de matanza entre la criminal pero desarmada multitud? ¿Por qué temia Pilatos un motin cuando tan duehos y experimentados eran los soldados de Roma para sofocarle?

Misterios son estos, que solo tienen una esplicacion ra-

zonable, y esta esplicacion consiste en que el infierno movia aquella máquina deicida, cegando á todos, á estos por medio del odio, y á los otros por medio del egoismo y de la cobardía mas incalificable.

—¿Quereis, en resúmen, que muera Jesús de Nazareth?

—¡Sí!—gritó la multitud frenética.

—¿Qué muerte pedís para vuestro rey?

—¡Muerte de cruz!—siguió aullando el populacho hebreo.

—¿Preferís, pues, que suelte al ladron y asesino Barrabás, antes que á Jesús de Nazareth, vuestro rey?

—¡Suéltanos á Barrabás y crucifica al Nazareno!

—¿Sabeis lo que estais pidiendo, insensatos?—esclamó el Pretor maravillado.

Y el populacho, sin atender á sus preguntas, guturaba con un frenesí inesplicable:

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale!...

Pilatos sintió que le temblaba el corazon amedrentado, que le faltaban las fuerzas, que le abandonaba el valor...

En el reloj de los tiempos acababa de sonar la hora de la redencion; la sentencia iba á ser fulminada; la increíble debilidad del Pretor romano en la Judea, iba á llenar de oprobio eternamente su nombre, iba á hacerle el instrumento vil del crimen mas horrendo que han presenciado los siglos, que pueden presenciar las edades. La criatura se disponia á fulminar un decreto de muerte contra su Criador; un decreto de muerte tan cruel como infamante; un decreto de muerte que debia salvar á la humanidad en masa, pero que debia perder á los que habian intervenido en él, porque Dios irritado, tenia suspendida su mano poderosa y amenazadora, sobre las cabezas infames de los deicidas!...

Llegado aquel momento, un misterioso terror apoderóse de todos menos de Jesucristo; de Jesucristo que segun todas las humanas apariencias debia ser el que temblara en aquel momento solemne; de Jesucristo, que habiendo venido para morir por los hombres, abria su corazon lleno de amor, y feliz en mitad de sus tormentos y de la triste perspectiva que se le ofrecia para su vida mortal, derramaba sobre el mundo los tesoros de sus ternuras, y saludaba con infinito cariño la llegada de aquel momento, para él tan suspirado, para él tan querido!

Una lágrima de felicidad arrojó el corazon á los ojos del Redentor. Hasta para el mismo Dios, aquella lágrima era la espresion mas gráfica de su inmenso y tierno regocijo. Despues suspiró, y levantando la abatida cabeza, puso dulcemente los ojos en el cielo, para saludar á su Padre eterno, antes de entrar en la última fase de su dolorosa pasion. Intensos, inesplicables fueron los dolores que por aquel movimiento sintió la cabeza de Cristo, cuajada de espinas, pero el éxtasis del Salvador era tan grande, que tuvo el suficiente poder para evitar que la naturaleza humana del Verbo, los sintiera en aquel momento.

Despues volvió á inclinar sobre el divino pecho la cabeza, y sintiendo las agudas punzadas de las espinas, exhaló un imperceptible gemido.

Mientras tanto Pilatos reuniendo todas sus fuerzas, dijo á los enemigos del Señor:

—¿Quereis, pues, que Jesús de Nazareth muera crucificado?

—Sí:—bramó la multitud de los judíos.

—Pues bien; ¡voy á complaceros!

Pilatos no tuvo fuerzas para decir mas, y el gentío de la plaza exhaló un aullido de triunfo, que hizo estremecer

el templo hasta en sus cimientos. Aquel aullido desgajó de su eje el pueblo hebreo y al caer por el suelo, rodaba para siempre en ruinas por toda la estension de la tierra; ruinas que los hombres de todas las edades y de todas las razas debian pisotear con un solemne desprecio.

—¿Nos le entregas, pues?—preguntaron los sacerdotes con una sonrisa nerviosa y convulsiva.

—Sí, lo entrego al espíritu de odio que os anima; os lo entrego para que desahogueis en él vuestras iras repugnantes, pero ante todo, quiero hacer constar que yo soy inocente de la muerte de este Justo.

Y disponiendo que uno de los lictores le trajera agua, lavóse las manos delante del pueblo hebreo, que contemplaba aquella ceremonia con una risa sardónica, y cínica. Pilatos creia ser cosa tan fácil lavarse las manos, como lavarse del infinito crimen que iba á cometer; Pilatos creia que su conciencia quedaria tranquila despues de aquella ceremonia... ¡Desgraciado cobarde!...

Despues de lavarse las manos, como en son de triunfo exclamó:

—Yo soy inocente de la sangre de este Justo; venga sobre vosotros toda la responsabilidad de su muerte!

Y el pueblo fanatizado por el mismo infierno; el pueblo que antes habia sido el de Dios, pronunció calenturiento y frenético aquella terrible maldicion, que pesará eternamente sobre todos sus descendientes.

Y con un bramido espantoso, cual si lo hubiera producido el infierno con todos los condenados, aulló:

—¿Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!...

.....
Cuando esta horrible imprecacion fue proferida, un mis-

terioso temor apoderóse de todos los presentes, y el silencio del sepulcro estendióse por todo el ámbito de la plaza. La espantosa maldición que acababa de pronunciarse, llenó de lágrimas los ojos de Jesús, que tanto amaba á Israel, y de pavorosos presentimientos los corazones de los que acababan de pronunciarla.

Mientras tanto, Pilatos sin saber lo que le pasaba, lleno de confusion y de vagos terrores, escribió la fatal sentencia, que se hallaba concebida segun Adrichonio Delpho en los siguientes términos :

JESUM NAZARENUM, seductorem gentis, contemptorem Cæsaris, et falsum Messiam, ut majorum suæ gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum, et cum ludibriis regie majestatis in medio duorum latronum crucifigite. I. lictor, expedi crucem.

Esta infame sentencia, vertida al castellano significa lo siguiente :

Habiéndose probado por las atestiguaciones de los hombres mas notables de Judá, que Jesús Nazareno es un sedicioso, un despreciador del César y un falso Mesías, llévesele al lugar donde se acostumbra á ejecutar las sentencias de muerte, y con escarnios de la régia majestad, crucifiguesele en medio de dos ladrones. Lictor, entrega la cruz.

Esta inícuca sentencia, este padron de ignominia, para los seres injustos que le dictaron ó contribuyeron á que se promulgare, fue leído en público desde el tribunal de Gabata.

El pueblo de Jerusalem que oyó su lectura, sintió una

sacudida violenta dentro de su corrompido corazon, y un temor misterioso y terrible apoderóse de todos los enemigos de Jesucristo. Aquel temor ellos no lo sabian pero era el de la muerte, porque en verdad aquella sentencia caia de lleno sobre el pueblo hebreo; sobre el inícuo pueblo hebreo, que iba á ser ajusticiado para siempre!...

Sus restos debian ser esparcidos por toda la tierra dentro de breves años, como la justicia de los hombres aventaba algunos siglos pasados, las cenizas de los grandes criminales.

La ira de Dios pesaba sobre la nacion hebrea; el pueblo escogido, el pueblo de los grandes destinos y de las grandes promesas, iba á ser el pueblo maldito; iba á ser por todas las edades el pueblo mas detestado, mas envilecido, mas despreciado de todos. Su nombre iba á ser borrado del libro de las naciones, y la sangre del Justo iba á caer sobre la cabeza de la raza de Judá. Ellos lo habian deseado, ellos lo habian pedido, y el Altísimo acababa de oírles; marcaba sus frentes y las de sus hijos con una mancha indeleble de sangre, que habia de causar á la raza hebrea los resultados que palpan aun todos sus individuos, y que palparán hasta la terminacion de las edades.

Justicia inexorable de Dios! yo me prosterno ante tu acatamiento, y adorando tus inescrutables fallos, me estremezco al considerar la grandeza de tus providencias.

El pueblo hebreo habia sido el pueblo escogido, hasta que de él nació el Redentor del mundo; cuando aquel pueblo no queriendo reconocer al Mesías, pidió para él la muerte ignominiosa de la cruz, firmó el decreto de su propio esterminio. Los destinos de la raza de Jacob estaban cumplidos: el mundo entero iba á ser llamado á la vida de la gracia.